

CAPITULO CCXXVII.

Notable cambio verificado en el gobierno de España.—Esperanzas respecto á la guerra de Francia.—Muerte del gobernador de los Países-Bajos.

MUCHOS fueron los vicios que mancharon al favorito de Felipe IV, pero, segun nuestra opinion, pecó más bien por orgullo y presuncion que por maldad, y otros validos hemos tenido ocasion de ver, que habiendo sido peores, tuvieron, sin embargo, un tino y un talento de que él careció, para, al ménos en apariencia, no ser tan aborrecidos como él lo era.

Sus mismos detractores confiesan que no fué hombre venal ni dado á los cohechos como tantos otros, ni aceptó ni exigió dádivas por los favores que hacia, como del duque de Lerma hemos tenido ocasion de censurar.

En el folleto publicado en su defensa, bajo el título de *Nican-dro*, etc., que citamos anteriormente, se niega que en su casa existiesen las tapicerías ricas que se decía, ni las pinturas y joyas de gran valor de que se le acusaba, y rechazando el cargo que se le hacía por las grandes riquezas y rentas de que disfrutaba, entra haciendo un paralelo entre el famoso cardenal Richelieu y él, diciendo que el ministro frances había llegado á comprar cargos y títulos por valor de un millon de escudos; que tenía de renta, contando con los beneficios eclesiásticos que disfrutaba, un millon y doscientos mil ducados de oro anuales, y que había podido dejar á sus sobrinos, estados, gobiernos y generalatos con una porcion de miles de escudos de renta.

Al rey de Francia le dejó su palacio con alhajas que se valoraron en la exorbitante cifra de seiscientos mil escudos; un diamante que valía cien mil, la capilla que se valuaba en doscientos mil, dejando además millon y medio en metálico, habiendo estado manteniendo durante su vida hasta tres mil hombres para su guarda y su servicio.

Como fácilmente puede comprenderse, no podía justificar la venalidad del ministro frances, lo que hubiese hecho el ministro español, pero desde luego se ve que el medro personal y el acaparamiento de las rentas y cargos no eran patrimonio exclusivo de los favoritos de los monarcas de España, sin que esto pueda servir, como hemos dicho, de excusa por ningún estilo para las riquezas reunidas por el de Olivares.

Este acrecentó su casa de un modo escandaloso sin recurrir al cohecho, pero no por esto fué ménos censurable.

Un escritor de su época hizo el siguiente cuadro de la cantidad á que ascendían anualmente las mercedes de que disfrutaba, mercedes que él mismo se había otorgado.

Las encomiendas de las tres Ordenes militares.	12,000 ducados.
Como camarero mayor del Rey.	18,000 »
Como caballero mayor.	28,000 »
Como gran canciller de las Indias.	48,000 »
Como sumiller de corps.	12,000 »
Por un navio cargado para las Indias.	200,000 »
Como alcaide de los alcázares de Sevilla.	4,000 »
Como alguacil de la casa de contratación.	6,000 »
Por la villa de San Lúcar.	50,000 »
Gajes de su esposa como camarera mayor y aya.	44,000 »
Total.	422,000 »

Semejante renta, fortuna tan colosal, cuando el pueblo estaba careciendo de todo, cuando faltaban los recursos para las guerras que se estaban sosteniendo, eran verdaderamente un insulto hecho al país, de quien salía aquella enorme cantidad que iba á su poder, perjudicando á la nacion.

Respecto al cargo de haber encumbrado á sus deudos y protegido á sus amigos, no hizo más ni ménos que lo que ántes que él habían hecho todos los favoritos, como se ha podido juzgar por nuestro relato, y lo que en lo sucesivo hicieron y han seguido haciendo cuantos han ocupado el poder.

El conde-duque de Olivares no carecía de talento, pero como dice muy oportunamente un escritor de nuestros días, cometió más torpezas y llevó á cabo más desaciertos que si hubiera sido un imbecil.

Y era porque la soberbia, el orgullo, la ambicion y la presuncion le cegaban.

Creíase útil para todo, de todo presumía entender, no escuchaba consejos ni atendía razones, y el hombre que tenía un ingenio despejado y una razon clara, obraba en todo y por todo como si careciera de estas dotes.

Produjo grandes males, pudiendo haber realizado grandes bienes; fué torpe é inepto, siendo listo y avisado; llamó *grande* al Rey á quien él mismo estaba empuñando; para dominarle proporcionó diversiones; con éstas le condujo á la disipacion, y á ejemplo del trono corrompió al pueblo en general.

Su mayor desgracia fué la de haber tenido frente á sí al cardenal Richelieu, y su mayor torpeza la de haber querido competir con él: desgracia que llevó consigo la de su patria, y torpeza que produjo pérdidas irreparables para España.

Así fué que su caída se consideró como una felicidad, siendo extraordinaria la alegría que la nacion experimentaba al verse libre de la gobernacion del Conde-duque, creyendo con ese buen deseo que caracteriza á todos los pueblos en circunstancias semejantes, que aquel cambio había de ser favorable para él, mejorando desde luego su situacion.

Y no era solamente el pueblo quien estaba en esta creencia, las clases más elevadas participaban tambien de esta idea, lo cual, como puede comprenderse perfectamente, era una ventaja, pudiéndose considerar como un gran paso para remediar algun tanto las desgracias sufridas.

Las circunstancias, por otra parte, mostrábase tambien favorables para ello, de igual manera en el interior que en el exterior del reino.

El Monarca, rompiendo en absoluto con la vida de disipacion y abandono á que le acostumbrara el favorito, se dedicaba asiduamente al despacho de los negocios, y los consejos funcionaban ordenadamente como en otros tiempos.

La reina Isabel había recobrado su justa y legítima influencia, influencia que se dejaba sentir de un modo verdaderamente beneficioso en los negocios públicos, y los mismos amigos del Conde-duque, poniéndose al lado del nuevo orden de cosas, no producían rémora de ninguna especie.

Los que en otro tiempo habían tenido que sufrir las persecuciones y la enemistad del Conde-duque iban alcanzando justicia en la proporcion de la arbitrariedad con ellos cometida, y así el marqués de Villafraña tornó de nuevo al generalato del mar; el Almirante de Castilla obtuvo el vireinato de Nápoles; el poeta don Francisco de Quevedo salió de su cautiverio de Leon; el valeroso capitán de los tercios de Flándes D. Felipe de Silva fué nombrado capitán general del ejército de Cataluña, y de este modo iban procurándose enmendar todos los yerros y desaciertos cometidos en la época anterior.

La muerte del gran cardenal Richelieu, pues, á pesar de haber sido tan encarnizado enemigo de España, no podemos ménos de reconocerle las grandes cualidades que le adornaban como político: fué tambien uno de los sucesos más prósperos que tuvo España.

El rey Luis XIII de Francia no sobrevivió mucho tiempo al que había sido su ministro y supo engrandecerle de tal modo, y con su fallecimiento ocurrido en 13 de mayo de 1643, dejó á la reina D.^a Ana de Austria, hermana del Monarca español, por regente de aquel reino y tutora de su hijo, que á la sazón contaba cinco años únicamente.

Lógico era que los vínculos de parentesco que entre ambos Monarcas existían y la falta del Cardenal que había sido el verdadero atizador de la guerra que por tan dilatado espacio habíamos tenido que sostener, dieran un resultado favorable para llegar á una paz que todas las potencias europeas deseaban, porque habría permitido terminar la guerra de Cataluña y emplear todas nuestras fuerzas en la recuperacion de Portugal y en la conservacion de lo que nos restaba en Italia y en Flándes.

Algo pensó de esto bajo la base de un matrimonio entre el Delfin de Francia y la infanta María Teresa hija de Felipe, pero finalmente se acordó abrir una nueva campaña en Cataluña, sin que por esto se desatendiese lo de Portugal.

Sin embargo de lo que parecía que debíamos prometernos de Francia, dadas las circunstancias que dejamos indicadas, la verdad fué que nada de lo que lógicamente podía esperarse sucedió; por el contrario, de allí recibimos golpes más terribles que los que hasta entonces recibíamos.

El cardenal Mazarino, ministro de la reina Ana de Austria, como Richelieu lo había sido de su esposo, heredero de su política, y si no tan diestro como él, más astuto, más severo y tan ambicioso como su antecesor, no nos era muy favorable, á pesar de haber empuñado su carrera al servicio de nuestra nacion, como digimos en lugar oportuno.

Manifestamos en el capitulo anterior que donde únicamente se habían sostenido algun tanto las armas españolas, había sido en Flándes; más la muerte del Cardenal-infante D. Fernando fué otra calamidad añadida á las muchas que habíamos sufrido.

Acometido en el campamento de una fiebra maligna, no tuvo más remedio que retirarse á Bruselas, y el día 9 de noviembre de 1641 entregó su alma al Criador, siendo llorado por su ejército, que sabía demasiado lo que perdía, y sentido por toda la nacion que había tenido ocasion de apreciar lo que verdaderamente valía.

Para atender á las cosas del gobierno de aquellos estados, formóse una junta que la componían D. Francisco de Melo, conde de Azumar; el marqués de Velada, el conde de Fontana como jefes del ejército y el arzobispo de Malinas y Andrea Cantelmo por el elemento civil.

Más tarde, D. Francisco de Melo quedó nombrado gobernador único por la corte de España mientras iba una persona de la familia real á desempeñar aquel cargo, y preparóse para dar comienzo al cumplimiento de los deberes que su posicion le exigía.



D. FRANCISCO DE MELO.

CAPITULO CCXXVIII.

Empresas del gobernador de Flandes D. Francisco de Melo. — Batalla de Rocroy. — El principe de Condé.

FAVORABLE mostróse la fortuna á Melo en sus primeras empresas.

Recobró á Acre, se apoderó de Sens, y finalmente en la célebre batalla de Honnecourt, donde hubo de luchar con los mariscales franceses Harcourt y Grammont, cogióse toda la artillería, multitud de banderas, que más tarde fueron traídas á España y repartidas entre los templos, quedando finalmente tan destrozado el ejército enemigo, que el mariscal de Grammont llegó huyendo hasta San Quintin al frente de unos cinco esuadrones de caballería, bastante escasos y que iban hasta sin oficiales.

Este fué el hecho más importante de 1642, concediéndosele á Melo el título de marques de Torre Laguna, con la grandeza de España.

Sin embargo, esta victoria, de la cual hubiese podido sacarse un gran partido, no dió sin embargo otro resultado que el de entibiar el ardor de nuestros generales y causar violentas escisiones entre ellos.

No se desanimaron los franceses por el desastre que acababan de alcanzar, y bien pronto nuevos ejércitos amenazaron las provincias flamencas, dándose orden á D. Francisco de Melo para que inmediatamente abriera la campaña, á fin de distraer la atención de los franceses.

En su consecuencia reunió éste un ejército de diez y ocho mil hombres de infantería con dos mil caballos, y llevando por generales al duque de Alburquerque y al conde de Fuentes, marchó á poner sitio á la plaza de Rocroy, situada en la frontera francesa.

El objeto que con esto se llevaba el gobernador de los Países Bajos era que, si podía tomarla, conseguiría llegar hasta la capital, y para esto trató de apretar el ataque á fin de ganarla antes de que pudiese recibir refuerzos.

Pero precisamente operacion de este género requería un sigilo extraordinario, y sin duda no debió guardarse como debía, toda vez que el enemigo se apercibió de sus propósitos y se preparó para destruirlos.

Para ello, un ejército francés se puso en marcha tambien con direccion á Rocroy, á fin de socorrer la plaza amenazada, ejército doblemente temible por el jefe que le mandaba.

Este contaba apenas veinte y dos años, pero estaba dotado de un valor á toda prueba, de una inteligencia clara y despejada y de una impetuosidad de la cual había dado ya relevantes muestras.

Este joven general era el duque de Enghien, conocido más tarde bajo el título de el Gran Condé, y llevaba ademas en su estado mayor á los generales Gassion, L'Hopital y Espenan.

El mariscal de L'Hopital, anciano ya y de gran experiencia, tenía el encargo de moderar la impetuosidad del joven Duque, y desde los primeros momentos mostróse contrario á la idea de dar la batalla.

Mas á pesar de esto, el jefe reconoció el campo enemigo y dispuso sus tropas para dar comienzo al ataque, el cual no esquivaban los nuestros, ansiosos tambien de medir sus armas con las del enemigo.

Unos y otros se prepararon, y la noche del 18 al 19 de mayo del año 1643 la pasaron los ejércitos contemplándose, en expectativa de lo que se preparaba para el siguiente día.

Llegado éste, apenas se rompió el alba, el principe de Condé, duque de Enghien, ordenadas sus huestes, observando que una seccion de mosqueteros españoles ocupaban un pequeño bosque desde el cual podían hostilizarle con ventaja, mandó que se les atacase, y efectivamente, á pesar de la heroica defensa de aquellos, no tuvieron otro remedio que desalojar aquella posicion.

Desde este momento principió ya á generalizarse el ataque. Larga y quizas sobradamente difusa fuera la descripcion de esta batalla, si fuéramos á ocuparnos de todos los incidentes de ella, y de las distintas fases que fué ofreciendo.

Seis horas de encarnizada pelea dieron finalmente la victoria á los franceses, despues de haber tenido momentos en que pareció inclinarse á favor de los españoles.

Y esta derrota fué de las más terribles y desastrosas que habían sufrido los nuestros desde hacía mucho tiempo, constituyendo uno de aquellos contratiempos que inutilizan por completo todos los resultados alcanzados en victorias anteriores.

Sobre ocho mil muertos quedaron en el campo de batalla, habiéndonos hecho seis mil prisioneros.

Perdimos ademas diez y ocho piezas de campaña, seis de batir, doscientas banderas y sesenta estandartes.

El conde de Fuentes hallábase sufriendo un violento ataque de gota, y á pesar de eso se hizo conducir al lugar de la accion en una silla de manos, donde resistió por tres veces las impetuosas embestidas de los contrarios, hasta que finalmente sucumbió lleno de gloria, pereciendo con él igualmente otra multitud de capitanes y maestros de campo.

No por esto debe decirse que el enemigo alcanzó su triunfo á poca costa; por el contrario, tambien hubo de costarle mucha sangre; mas, sin embargo, el desastre que experimentamos fué de tal consideracion, que apenas pudo Melo reunir una parte muy insignificante de aquel ejército tan brillante, reunido pocos días ántes.

A los cinco días de haber muerto Luis XIII tuvo lugar esta famosa batalla, presagio funesto para los desastres que habíamos de experimentar, así como, por el contrario, para los franceses lo fué de la fortuna que había de coronar sus futuras empresas.

Destrozadas quedaron allí las banderas de aquellos viejos tercios españoles que habían llenado de terror en pasados tiempos á todas las naciones de Europa, y lo más triste, como dice un escritor de nuestros días, es que no había medio de reparar las pérdidas sufridas, careciéndose de hombres y de dinero, y todo aquel país iba á quedar á merced del vencedor.

Dos días únicamente detuvo el duque de Enghien á descansar en Rocroy, pues no era aficionado á dar descanso á sus tropas, marchándose despues á establecer su campo en Guisa.

Entónces formó el plan de atacar á Thionville, mas para ocultar mejor sus propósitos y distraer al enemigo, entróse resueltamente por el Eno, apoderóse de algunas plazas, llegando sus avanzadas hasta dar vista á Bruselas.

Satisfecho su objeto, establecióse ante Thionville, plaza de gran importancia colocada sobre el Mosa.

Mil doscientos españoles había defendiendo la plaza, pero á pesar de esto, combatida por toda la artillería francesa, cercada por más de veinte mil hombres, minada y repetidas veces asaltada, resistió por espacio de dos meses, hasta que hubieron muerto el gobernador y las dos terceras partes de la guarnicion, rindiéndose en 23 de agosto de 1633, á los treinta días de trinchera abierta.

Los restos de aquella heroica guarnicion salieron de la plaza con todos los honores de guerra, y el ejército sitiador quedó tan destrozado que ya por entónces no se atrevió el de Enghien á llevar á cabo empresa alguna de importancia, limitándose á reparar las fortificaciones y regresar á Paris á recoger los honores que de derecho le correspondían.

Toda la reputacion que había adquirido el de Melo, todo el recuerdo de su anterior victoria de Honnecourt eclipsóse por completo ante el desastre de Rocroy, y los estados, pidiendo con insistencia su separacion, consiguieron que al fin la corte de España le sustituyera con el conde de Picolomini.

Sin embargo, aun pudo el general portugués, al servicio de España, recuperar en algo su empañada gloria, acudiendo oportunamente en socorro de las armas imperiales y españolas, y contribuyendo á un gran triunfo en la Alsacia.

Con el propósito de arrojar de esta provincia al ejército aliado llegó á ella el general francés Rantzau con diez y ocho mil hombres, lo cual era una amenaza terrible para los españoles, debilitados como estaban ya por su anterior derrota.

Sin embargo, en aquellos momentos ocurrióle á Melo enviar á la Alsacia á los generales del imperio con quienes contaba allí, que eran el duque de Lorena, Morey y Juan de Wertz, un refuerzo de dos mil infantes y dos mil caballos á las órdenes del valiente comisario de caballería D. Juan de Vivero.

Oportuno por demas fué el socorro enviado por el gobernador de los Países Bajos.

Dióse la batalla, y con tanta bizarría se condujeron los imperiales y tal valor desplegaron Vivero y los suyos, que la derrota sufrida por los franceses no pudo ser más completa.

El general Rantzau quedó prisionero con todos sus generales y oficiales más importantes, cogiéndose ademas cuarenta y siete banderas, veinte y seis estandartes, catorce cañones, dos morteros y todas las municiones y bagajes.

El verdadero éxito de esta batalla débese en realidad á la oportunidad en que llegó el socorro, y al extraordinario valor desplegado por el comisario de caballería D. Juan de Vivero.

En esta bélica funcion ganó, ademas de la gran fama y renombre como excelente soldado, elevar á la caballería española á una altura muy superior á la que hasta entónces ocupara la infantería, produciéndose, como es consiguiente, un notabilísimo cambio en la reputacion de entrambas armas.

Este triunfo de Tuttlinghen atenuó en gran manera el efecto producido por el desastre de Rocroy, pudiéndose haber alcanzado de él mayores ventajas de las que se obtuvieron.

Pero parecía que estaban condenadas nuestras armas á no alcanzar los beneficios que merecían los extraordinarios sacrificios que estaban haciéndose.

A la anterior actividad, á la energía desplegada en el combate que acabamos de mencionar, sucedió una flojedad y un abandono extraordinario por nuestra parte, que contrastó notablemente con la actividad desplegada por los franceses para verificar su alianza con los holandeses reuniendo sus fuerzas.

Entónces se celebró un nuevo pacto de union entre la reina regente de Francia, en nombre de su hijo Luis XIV, con los estados generales de las provincias unidas de Holanda, en virtud del cual habían de ayudarse recíprocamente, reuniendo sus fuerzas para combatir al monarca español.

Mientras tenían lugar estos sucesos, veamos lo que estaba sucediendo en Cataluña.



ENTRADA DE FELIPE IV EN LERIDA.